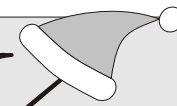




ODRADEK

Domicilio Desconocido



Año I - Diciembre 2006 - Número 4
Muestra gratis

www.geocities.com/domicilio_desconocido
domicilio_desconocido@yahoo.com.ar

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*
- *Odradek- dice él.*
- *¿Y dónde vives?*
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*
Franz Kafka

Arbolitos no, libros... tal vez

Definitivamente, la época navideña se ha instalado ya con la fuerza de lo irremediable. Asistimos con cierta displicencia a un espectáculo montado en torno a un señor gordo y barbudo que sólo Dios sabe por qué razón esotérica viste un traje de franela cuando la marca térmica por estos tristes trópicos no desciende nunca (o casi) de los 28° C. Calles invadidas de muérdagos, guirnaldas y lucecitas de colores; la gula que nos lleva a comer lechón, frutas secas y pan dulce a reventar; más la deuda que pagaremos durante gran parte del año siguiente, no hacen sino confirmar que las navidades nos hacen perder la chaveta como si fuéramos las ratitas encantadas por la dulce e hipnotizadora melodía del flautista de Hamelin.

Pero, en fin, no podemos ir en contra de tanto espíritu festivo, mal que nos pese. Porque a pesar de todos estos sinsabores, la Navidad también ha dado buenos textos. En la búsqueda de material para esta columna, recordé uno: "El cascanueces" de E. T. A. Hoffmann. En este cuento, una nena recibe como regalo un soldadito de plomo cuya función es la de hacer (como lo indica claramente el título) de cascanueces. Pero hete aquí que el muñequito cobra vida y entabla una batalla contra el rey de los ratones, se enamora de María (o Clara, en la versión de Tchaikovsky) y juntos parten al reino de los sueños, "un país en el que sólo se ven, si se tienen ojos, alegres bosques de Navidad, transparentes palacios de Mazapán, en una palabra, toda clase de cosas asombrosas", en palabras del propio Hoffmann. Lindo, ¿no?

Lejos del romanticismo alemán y más compenetrado con la obligación de mostrar las desigualdades sociales como contracara de la industrialización

en la Inglaterra de fines del siglo XIX, Charles Dickens se sirvió del escenario navideño en su "Canción de Navidad". Este relato cuenta la historia del avaro Ebenezer Scrooge, un personaje viejo y amargado que odia las navidades y a todos aquellos que la festejan. Por supuesto que para los tiempos de Dickens aún existía un dejo de "esperanza", por lo que algo pasará para que Scrooge advierta su error y enmiende finalmente tantos años de amargura propia y ajena.

También Paul Auster escribió "El cuento de navidad de Auggie Wren". Si han visto la película *Cigarros*, recordarán que Auggie llega a la casa de un ladrón de poca monta que había perdido su billetera en la huida tras intentar robar unos libros de bolsillo en la tabaquería donde Auggie trabaja. Wren quiere devolver la billetera, y cumplir así su buena acción de Navidad. Pero cuando se abre la puerta no aparece el caco, sino su abuela ciega, quien en un primer momento confunde a Auggie con su nieto, cosa que Auggie no contradice. A partir de ese momento, ambos deciden seguir jugando el juego del nieto y la abuela y pasar Navidad juntos.

No queda, entonces, más que hacer como el personaje de Auster y jugar nosotros también a las navidades, escribiendo los textos que engalanan este número. Siempre será mejor que terminar como Robert Walser, que murió un día de Navidad de 1956, mientras paseaba cerca del manicomio de Herisau donde había pasado los últimos años de su vida, perdido, solo y sin poder escribir una sola línea.

Vanesa Pafundo

Nochebuena, una historieta

Cuadro uno. Papá Noel de medio cuerpo, mirada bonachona, traje rojo, contornos bien remarcados. Estrellas de distintos colores aluden al espíritu navideño.

Dos. Con la bolsa colgando camina hacia la derecha.

Tres. Aparece un letrero luminoso "Las Bolas": bowling barrial, poca luz. Empuja la puerta para entrar. -¡Prrrrrrrrrrrr... poc!

Cuatro. Primer plano de la cara: incompleta, no cabe en el cuadro. Sobre la cabeza, rayas de admiración (a discreción). Los ojos bien abiertos mirando algo hacia un costado. La nariz sale del cuadro.

Cinco. En un rincón, por debajo de una trama de líneas superpuestas, aparece una mancha color verde. -¡Prrrrrrrrrrrr... poc! al fondo alguien juega.

Seis. Desde la sombra alguien llama: -¡Santa!

Siete. Papá Noel, cambio a signos de pregunta rodeándole la cabeza: -¡Linterna?

Ocho. Ambos sentados. Santa apoya sus robustos brazos sobre la mesa. Sostiene su cara con las manos. Linterna lo mira con la cabeza metida entre los hombros y empieza:

- Me contó Susy que fuiste al médico.

- Ah, estuvieron hablando - suspira.

- Santa: la piba te quiere - inventa.

Nueve. Primer plano de Santa. Destaca mirada caricaturesca de ironía: cejas bien arqueadas, ojos chispeantes, amargor en los labios.

- Digamos que ya de piba.....!

- Bueno, loco, qué querés. El tiempo pasa y aquí estamos. Contame, ¿qué te salió en los análisis?

- Que no tengo nada malo.

Diez. -¿Ves? -van saliendo del bar, Linterna estira un brazo sobre un hombro de Santa.

- "Ves" nada. El doc me gasta. Dice que soy tan bueno que no puedo tener nada malo. Pero yo sé que algo tengo. Estoy cansado, no tengo ganas de seguir, ya no conformo a los pibes, cada vez piden cosas más densas... Se me tilda la compu... Las

bolsas del súper vienen malísimas... Voy para atrás, viejo. En cambio a vos la gente te ve y ya se relaja, les viene un sentimiento de Justicia Ilimitada. Lo tuyo siempre fue más cool...

Once. Las siluetas se ven achicarse desde la ventana.

- Nada que ver, me quisieron inflar pero no anduvo, además sólo vos me ves así, desde que se te puso que entre Susy y yo había onda. Nada que ver. ¡Dale!, ¿vas a seguir?

Doce. Se recortan en el horizonte.

- Y bueno, sí -dice Santa -¿Me prestás el traje para esta Nochebuena?

- Pará che, se me hizo tarde, mañana hablamos.

Trece. Aparece un pasacalle: "Cornudo como tus renos".

Santa lee y sólo atina a reírse.

Se ríe como siempre. Como todos sabemos.

Nora Martínez

La navidad del Ponchi

Será la sexta vez que mi hijo y Papá Noel establezcan alguna clase de vínculo. Escribo “alguna clase de vínculo”, usando ese lenguaje tan poco navideño, tan áspero, porque no encuentro la manera de tratar el tema sin retroceder unos pasos, sin mirar la escena con desconfianza. No es que el Ponchi tenga problemas para aceptar las cuestiones mágicas de la vida. No duda que Papá Noel entra en las casas por la chimenea -también en las casas que no tienen chimenea-. Tampoco duda que los Reyes andan en camello, por más que existan muchos medios de transporte más cómodos y más rápidos. Incluso acepta que yo sea su padre, aunque haya tantos otros padres más fuertes, más altos, más lindos. Todo eso lo cree sin grandes cuestionamientos. Los problemas empiezan cuando sus demandas no son satisfechas, al menos de la forma en que él lo pretende y lo exige. El año pasado, por ejemplo, unos minutos antes de descubrir la manera de detener escaleras mecánicas, le dijo a un Papá Noel musculoso y con aspecto de patovica: “¿este es el regalo?, es una mierda”. El tipo me miró y le vi las venas del cuello hinchadas. Y todo eso porque el regalo que le ofrecía era una bolsita con tres caramelos y un chupetín. En esa víspera de navidad, después de pelearse con Papá Noel, el Ponchi salió corriendo hacia las escaleras y enseguida encontró el botón. Todas las escaleras mecánicas tienen, en un costadito, un botón casi invisible que dice “stop” y que pasa desapercibido

El año pasado, unos minutos antes de descubrir la manera de detener escaleras mecánicas, le dijo a un Papá Noel musculoso y con aspecto de patovica: “¿este es el regalo?, es una mierda”.

para la mayoría de las personas. Pero no para él. Lo perseguí tratando de evitar la catástrofe pero llegué demasiado tarde. La gente quedó suspendida en las alturas, amontonada, quieta.

Sus encuentros anteriores con el señor de la barba blanca también fueron conflictivos. Cuando él tenía cuatro años el tipo que se disfrazó de Papá Noel no pudo asumir su papel con naturalidad y se enojó mucho cuando el Ponchi empezó a bombardearlo con preguntas. Al hombre le habíamos pagado entre varios vecinos del edificio para que actuara pero la última pregunta de mi hijo lo desconcertó. Se puso pálido. Debo reconocer, de todas maneras, que a mí también me impresionó la pregunta. Y ni siquiera me atrevo a escribirla acá, me da vergüenza.

Pero no quiero terminar estas líneas sin contarles que en mi primera navidad como padre me fui a dormir muy temprano. Cenamos, hicimos los brindis de rigor y yo me escurrí del bullicio festivo y me fui a la habitación donde mi hijo dormía. Él tenía seis meses y cinco días de vida. Me acosté a su lado, lo abracé y enseguida me quedé dormido. Y soñé que siempre íbamos a estar juntos. Yo voy a morir antes que él, por supuesto, pero lo que entendí esa noche, durmiendo abrazado con mi Ponchi, es que un padre nunca muere. Al menos nunca muere del todo.

Ariel Bermani

Músculos

En un famoso restaurante secreto de la calle Corrientes, junto a otras parejas de la farándula, Popeye y Olivia terminan de engullir una copiosa cena navideña. Popeye llama al mozo que acaba de dejar un pedido en otra mesa y ahora corre solícito a la del marinero. El héroe pide la cuenta pero el empleado le explica que ya la han pagado y señala para allá. Allá, en la barra, está acodado Brutus con un chopp en alto. Y ahora, con sonrisa desafiante, le dice a la pareja “felices fiestas”.

No se sabe bien por qué, pero Popeye toma esto como una afrenta y, enojado, hace sonar su pipa, abre una lata de espinacas y las engulle a la vez que muestra sus bíceps. Para cuando termina de hacer todas estas pelotudeces Brutus ya se montó a Olivia sobre el hombro izquierdo y huye del bar. Detrás de ellos sale Popeye. Durante un buen rato corren por Corrientes. Después suben por Zubiría, doblan por Doblas y, hartos de tanta cacofonía, paran en Colodrero... al cero. A esa altura Brutus da por perdida la partida, tira a Olivia contra un poste de luz y se toma el 60.

Popeye recoge a la chica y aprovechando que quedó medio turula del golpe, se la lleva a su departamento. Una vez allí, Olivia advierte que por fin se le va a dar así que haciendo uso del atenuante que supone su hipotético atontamiento, le arranca la ropa al navegante y se saca la suya propia, entre petardos y rompe portones. Lo toca, lo besa, se calienta. De pronto un silencio y luego la voz de

Popeye: “No sé qué me pasa, es la primera vez que me sucede algo así... si vos me gustás, no entiendo, no lo puedo creer, debe ser algo psicológico, no sé, no sé...”, y prende la pipa -fiiizzzzz, un buscapié-. Olivia le dice que no importa, que a cualquiera le puede pasar y que debería pensar en dejar de fumar. También le dice que se hizo tarde y se instala para siempre en el bulo de Popeye.

Entrado el mes de abril, Olivia cambia anorexia por gula y se vuelve fanática del programa de Andrea Politti. Popeye empieza terapia grupal en el Ameghino y se hace amigo de Brutus, Marrale, Baker y Poncharello. Comprende que la impotencia es un mal de muchos y se consuela como un tonto comiendo tarta de acelga. ¡Tuu tuu!

Yanina Bouche

A esa altura Brutus da por perdida la partida, tira a Olivia contra un poste de luz y se toma el 60.

Todo lo que hay en una botella



Florencia Reta

500 pavos

Selma sacó el pollo frito de la nevera y lo puso sobre la mesa. Scotty y Jack dejaron la plática de béisbol e hicieron un silencio respetuoso.

Enseguida Desmond, el esposo de Selma, elevó una pequeña oración con los ojos cerrados, la cabeza inclinada y las manos mirando al cielo.

Las niñas de la casa rieron. Joana y Ursula eran dos criaturas adorables de 3 y 5 años, revoltosas y angelicales, todo a un mismo tiempo. No podían quitar sus ojos del árbol que Desmond había traído a casa. Se trataba de un pino auténtico de más de diez pies de altura. Desmond había pagado por él 500 pavos. Sin duda una locura, pero se acordó en el último momento, se lo había prometido a las niñas, era el día de navidad y con todo lo que había sucedido ese año, bueno, ya se sabe, al demonio con el presupuesto, el que quiera salir al río que se consiga una buena cámara de neumático, como dicen por ahí.

La ventana del comedor dejaba ver la acera cubierta de nieve, el carro de los Mullman aparcado justo frente a su casa, y una calle desierta como la llanura de Tularosa.

El caminante llevaba puesto un pantalón gris de franela, unos tenis y una sudadera bastante descolorida.

Jack fue el primero que lo vio. Hizo un comentario jocoso acerca de su vestimenta. El caminante llevaba puesto un pantalón gris de franela, unos tenis y una sudadera bastante descolorida. Y eso era todo. Las niñas volvieron a mirarse y a sonreír. El chiste llevaba gracia: sus padres les prohibían salir sin chaqueta y allí fuera ese extraño como si no sufriera el frío; que me cuelguen si no era para revolcarse de la risa. Pero Desmond no tenía ninguna gana de reír. Toda la contraria, se puso tan serio cuando el desconocido llamó a la puerta que parecía un mapache huyendo de un jabalí. Desmond abrió apenas, un par de pulgadas, lo suficiente para prestar el oído al extraño. Un minuto después dio un portazo, pasó el cerrojo y se quedó atisbando detrás del vidrio. Ahí fue cuando se oyó la voz gruesa del *hombre*⁽¹⁾ que gritó “Feliz Navidad”, dio una carcajada rotunda y sonora y se marchó por donde había venido.

⁽¹⁾ en español en el original.

Roberto Garriz

De los días vacíos

El Mesías viene a anunciar un nuevo tiempo. Viene, por lo tanto, a cambiar el tiempo. Como sabemos, el año, digamos, por poner un ejemplo, 2006 es el año 2006 después de Cristo. Para los cristianos (como en realidad, para todo creyente), la venida del Mesías produce un cambio en el tejido temporal que da por finalizada una clase de tiempo y da inicio a otra. En este sentido, el Apocalipsis, la Segunda Venida, no es el fin del mundo. Es, en cambio, el fin del mundo como lo conocemos. Es decir, el inicio de un nuevo tiempo.

Es evidente, sin embargo, que el Nuevo Tiempo no comienza cuando nace el Mesías: Jesucristo nace la noche del 24 de diciembre y, como es sabido, el Nuevo Tiempo no comienza sino hasta siete días después. Se me dirá que se trata de cuestiones más o menos irrelevantes, que determinaciones históricas (los calendarios, los solsticios, las celebraciones romanas) hicieron convenientes esas fechas. Aún siendo ciertas todas estas objeciones, prefiero pensar que algo del orden de lo fatal, algo definitivo, se esconde en ese hiato.

Esa semana son los días de un vacío. Lucas (II, 21) comenta: “Ocho días después, llegó el tiempo de circuncidar al niño y se le puso el nombre de Jesús, nombre que le había sido dado por el Ángel antes de su concepción”. Es decir que el Mesías ha nacido, pero todavía no es. Su existencia, el surgimiento de un nuevo tiempo, llegará en la forma de un rito. Pero el rito no será un rito cristiano, no será el rito por el que lo reconocerán los suyos (el bautismo, años después, a manos de Juan), es decir, un rito del Nuevo Tiempo, sino un rito del Tiempo Viejo: el Mesías toma su

Es evidente que el Nuevo Tiempo no comienza cuando nace el Mesías: Jesucristo nace la noche del 24 de diciembre y, como es sabido, el Nuevo Tiempo no comienza sino hasta siete días después.

nombre, el que le dan sus padres, el que nunca abandonará, en el rito judío de la circuncisión. El rito del nombre es, entonces, a la vez, el origen de un nuevo tiempo y la marca que el Tiempo Viejo deja en el Nuevo.

Esos siete días son, además, los tiempos de la espera: el nombre que se le da al Mesías, es el nombre que le fuera dado por el Ángel. Lo que significa que el nombre del Mesías adviene como palabra revelada y es, por lo tanto, una forma del Apocalipsis (cuyo primer significado es, justamente, “revelación”).

Me gusta pensar que Occidente celebra con siete días de diferencia el nacimiento del Mesías y el Advenimiento de un Nuevo Tiempo, justamente para no olvidar ese lapso de estupefacción. Y es que esos siete días implican a la vez a una secuencia histórica (de qué tradición viene el cristianismo), pero también comentan el cambio cualitativo que representa el cristianismo. Esos siete días presentan ese cambio como una discontinuidad, como un blanco, como un Apocalipsis mudo en el que el Mesías existe pero no es, y debe ser buscado y nombrado. De esa parálisis (nuestra parálisis) sólo se sale dando un nombre, un nombre mesiánico y contradictorio (única forma del Mesías), que al tiempo que nombra lo nuevo indica su pertenencia al pasado.

Esos siete días de inacabamiento, de pura potencia y confusión, son la única fe que puedo sentir como propia. Me gusta creer, contra toda prueba, que esos siete días son, y siempre fueron, la única esperanza de nuestra salvación.

Ezequiel De Rosso

Estimado lector:

Si está cansado de pasar los años sin trascender. Si cada uno de sus logros de alguna manera misteriosa deviene en un fracaso. Si la definición de sueño para usted es “frustración aun no desarrollada”. Si la araña que salvó le picó... ¿qué le va a hacer?. Si año a año, el balance de la vida le da pérdida. Si la vida no le sonrío, es hora de hacer algo para remediar esta situación.

Me imagino que a esta altura usted estará preguntándose qué le estoy queriendo vender. Pues nada, persona desconfiada, no le estoy queriendo vender nada. Simplemente le voy a dar la solución a sus problemas, no con aguas mágicas, oraciones milagrosas o muñequitos sagrados. En realidad los quiero poner en contacto con alguien que puede ayudarlos. No me refiero a “Los simuladores” ni a “Brigada A”. Hablo de alguien con un poco más de antigüedad en el rubro. Llamemos al amigo “Cuernitos”. Él no tiene oficina

*Si usted quiere hacer
un pacto con este muchacho,
deje de lado las garrapiñadas,
las sidras, los champagnes, los turrone .*

fija, ni tiene secretaria, ni tiene agenda. Es más, sólo atiende un día al año: el 25 de diciembre. Pero no atiende durante todo el día. Sólo atiende a las cero horas a quienes se encuentren debajo de una higuera. Así que, si usted quiere hacer un pacto con este muchacho, deje de lado las garrapiñadas, las sidras, los champagnes, los turrone y espere a Cuernitos debajo de la higuera. Yo, que no tenía higuera, hace cinco años planté una chiquita en el fondo de casa con ese objetivo. No son plantas que crezcan fácilmente. Requieren de mucho cuidado, de mucha atención. Renuncié a mi trabajo para cuidarla. Todas las mañanas me levanto para ver cómo está, para limpiarle las hojas, para moverle la tierra, para alejar a los pájaros. Mi ex esposa no entendía por qué cuidaba tanto a ese arbolito y me dejó. Pobrecita, no entendió que hacía todo por nuestro éxito.

Mariano Quintero

Ajuste de cuenta

Recuerda el ángulo de la puerta que se agranda, la luz que atraviesa la penumbra de la pieza. Ese cuchillo que relumbra en la oscuridad. Los pasos que avanzan sin tropiezo. Encandilado, ve sombras opacas en los muebles.

Mañana, si logra evitar ese cuchillo, cruzará el campo. Sólo tendrá el recuerdo difuso de un quejido, los juncos al silbar por el viento serán un mensaje. Se afirmará en su caballo.

Su mano se desliza por los barrotes de hierro de la cama, toca el revolver sobre la mesa, sonrío al bulto que avanza desde ese ángulo de la puerta.

La hoja del cuchillo traza una recta que busca su cuerpo.

El fuego, en el patio, comienza a disminuir. Alguien arroja una manta. Otro da un salto y saca, ya listo, el cuchillo de la cintura.

*Tendido en la cama, sueña la muerte,
las hogueras, la cruz del hombre
caído en la oscuridad.*

Desde todos los rincones aparecen hombres que avanzan en círculo con la precisión de la muerte. El hombre amenazante gira, se encuentra con llamas que surgen desde la manta que arde. Quiere luchar con estos de la celada. Sólo puede herir a uno. Luego queda tendido en una cruz que titubea entre llamas imprecisas.

Los hombres guardan sus cuchillos.

Listo -grita uno de ellos hacia la oscuridad del rancho. Los otros ríen. El caballo del muerto rueda un poco más allá.

Pudieron reconocer, días después, el cadáver picoteado por los cuervos. Salieron detrás de otros pasos, por un desierto de sed.

Tendido en la cama, sueña la muerte, las hogueras, la cruz del hombre caído en la oscuridad. El que no llegó a matar, el que no tuvo ocasión de matarlo. Nunca sabrá quienes eran los que irrumpieron aquella noche, los que hicieron fracasar el ajuste de cuenta.

Germán García

Con Capra en la distancia

George Bayley es un buenazo. Está sordo del oído izquierdo porque salvó a su hermano de ahogarse en un lago congelado; evitó que el farmacéutico envenenara por error a un chico con gripe; construyó casas decentes para la gente de Bedford Hills; se hizo cargo del pequeño negocio familiar cuando su padre murió y postergó así indefinidamente un futuro de aventura fuera del pueblito natal; y vive, junto con la preciosa Mary y sus cuatro hijos, con 45 dólares a la semana.

Y la noche de Navidad de 1946, George Bailey, que tiene la cara de James Stewart, está desesperado y dispuesto a suicidarse para matar dos pájaros de un tiro: el dinero del seguro alcanza para salvar de la ruina a su familia y él puede terminar de una vez con tanta postergación. Y, por supuesto, está nevando.

Frank Capra, que ya nos llevó hasta ahí, le trae a George Bailey un ángel para que le muestre cómo sería el mundo sin él. Para que le diga, en definitiva, que es mucho más rico que cualquiera, que la honestidad y el desinterés tienen recompensa, que el sacrificio y la bondad pueden no ser un

**Cheers! (el bar donde
todos conocen tu nombre)**



Florencia Reta

problema de baja autoestima y que quedarse para siempre en su pueblito puede ser una forma de victoria

Y cada vez que veo ese final de *Qué bello es vivir*, con todos esos amigos llegando a darle una mano a George, no puedo parar de llorar, como sólo se llora en el cine. Una noche de Navidad finalmente estupenda, en la que por dos horas Capra suspende el curso de la Historia, lo heroico es doméstico, y está a la vuelta de casa, y podemos cantar villancicos todos juntos porque la vida es bastante sencilla si somos lo suficientemente generosos.

Al mismo tiempo, enseguida, está todo lo demás; que Bedford Hills sólo puede existir fuera de este mundo, que la nena que es la hija de George probablemente haya terminado como corista en Las Vegas, que James Stewart quedó sordo *en serio* por pelear en la Segunda Guerra, que el mundo no fue tan sencillo ni siquiera en 1946. Pero la culpa de tanta inconciencia la tiene Frank Capra. Yo, en todo caso, lo único que hago en Navidad es ver si la dan en el cable.

María Martha Gigena